ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

CANDIDATO INDEPENDIENTE

SAINETE EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y GONZALO CANTÓ

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1891

CANDIDATO INDEPENDIENTE



CANDIDATO INDEPENDIENTE

SAINETE EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y GONZALO CANTÓ

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 10 de Noviembre de 1891



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

Á NUESTRO QUERIDO AMIGO

José María Rajal

como sincera prueba de gratitud por la solícita atención con que nos acogió en la para nosotros inolvidable ciudad de Lugo.

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA QUINTINA.............	SRA.	VALVERDE.
DON DAMIÁN MORENO......	SR.	ROSSELL.
DON DEOGRACIAS...........		RUIZ DE ARANA
EL ALCALDE..................		RUBIO.
DON TERENCIO..............		LARRA.
BRUNO.........................		LACASA.
SEÑOR MORENO..............		RAMÍREZ.
EL TÍO CARTUCHO...........		CAPILLA.
UN DELEGADO...............		SOTO.
EL MAYORAL.................		MATA.
EL VENTERO.................		HERREROS.

Mozos del pueblo

Por derecha é izquierda, la del actor

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Telón de selva

ESCENA PRIMERA

EL VENTERO aparece en escena al levantarse el telón, con las manos puestas de pantalla ante los ojos, figurando que vé venir la diligencia.—Se oyen los cascabeles y las voces del MAYORAL

VEN. ¡Bien repleta llega hoy la diligencia! ¡Lo que trabajan las mulas en estas temporás de elecciones! Mientras mudan el tiro, voy á preparar el pienso y á ver si los viajeros quieren tomar algo.

MAY. (Desde dentro.) ¡Riá, riá riá!... (Se oyen los cascabeles y el restallar del latigo.) ¡Sóooo! (Figura que para el coche.) ¡Quietooos!

ESCENA II

EL MAYORAL, comiendo un pedazo de pan, figura que habla con uno que queda dentro

Oye, Peláo, á ver si mudas el tiro pronto; pero vivo, ¿eh? Mientras le daré yo dos dentellás á un panecillo. (Se coloca á la izquierda.)

ESCENA III

DICHO, DON DAMIÁN, DOÑA QUINTINA y DEOGRACIAS, con maletas, por la derecha

QUINT. ¡Ay, Dios mío! Tengo el ruído del látigo metido en la cabeza. ¡Qué atroces son estos viajes en diligencia!

DEOG. Pues ahora podemos descansar un rato.

DAM. ¡Ay, Quintina! ¡Cómo me ha puesto el traqueteo!

QUINT. ¡Y el cascabeleo!

DAM. ¡Y el hambre! Tengo un hambre canina... Con perdón de ustedes.

DEOG. Pues vengan por aquí, si quieren comer algo. (Se dirigen á la izquierda, donde está el Mayoral comiendo.)

DAM. Sí; vamos, vamos.

MAY. ¡Eh!... ¿Dónde van ustedes, señores?

DAM. Aquí, á tomar un bocadito.

MAY. Pero si aquí están las cuadras.

DAM. ¡Caracoles! Usted dispense.

MAY. Si ustedes gustan... (Ofreciéndoles de lo que come.)

DAM. Muchas gracias.

QUINT. (A Deogracias.) Pero, ¿dónde nos traía usted?

DEOG. Señora: me he confundido.

QUINT. ¡Qué atrocidad! ¡Mire usted que confundir la cuadra!... ¡Estos cojos son atroces!

DEOG. Pues yo he comido otras veces en este sitio.

DAM. Lo creo.

MAY. Es que antes estaban aquí los pajares y el comedor de la venta.

DEOG. Ya decía yo. (Vase el Mayoral, por la derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos el MAYORAL

DAM. ¿Y qué se podrá comer aquí?

DEOG. Pues, mire usted, don Damián, yo creo que ahora debemos dejar el hambre á un lado,

que en cuanto lleguemos á Villacañada, mandaremos matar un carnero, lo asaremos, y yo le prometo á usted una pierna entera, que buena falta nos hace.

DAM. Y á usted sobre todo.

DEOG. Lo digo, porque estamos á dos leguas del pueblo, y es preciso que ultimemos el asunto que le he propuesto á usted.

QUINT. Bueno; pero mire usted, Deogracias, no estaría demás que habláramos tomando un bocadito.

DEOG. Entonces voy á la venta á ver si tienen algún fiambre, y vuelvo á escape.

DAM. Sí; vaya usted, vaya usted. (Vase Deogracias por la derecha.)

ESCENA V

DOÑA QUINTINA y DON DAMIÁN

QUINT. Oye, Damián; me alegro que nos hayamos quedado solos este momento. Necesito decirte que aceptes resueltamente las proposiciones de ese hombre.

DAM. Por Dios, Quintina, considera que solo hace seis horas que le conocemos y no se puede uno fiar del primer individuo que le salga al paso.

QUINT. Quita, tonto, quita. Aprensión. A la legua se vé lo que es ese hombre.

DAM. Sí; se vé que es cojo. Además, aun suponiendo que vaya de buena fé... ¿cómo me voy yo á meter en política de buenas á primeras? Para eso se necesita ser hombre de talento y de caracter.

QUINT. Mira, Damián; para ser político no se necesita más que tener osadía y desvergüenza. Y tú sirves.

DAM. Pues mira que tú...

ESCENA VI

DICHOS y DEOGRACIAS

DEOG. (Por la derecha, con todo lo que marca.) Aquí está todo lo que he encontrado. Dos chorizos y unos pedazos de lomo; pan y vino.

QUINT. Nos sentaremos aquí en las maletas. (Se sientan)

DAM. ¡Magnífico! Vamos á sacar el mantel. (Saca un pañuelo de yerbas.)

QUINT. ¿Ha traído usted tenedores?

DEOG. No, señora; partiremos con mi navaja.

DAM. ¡Ajajá! Venga un panecillo y empiece usted á hablar, Deogracias. (Toma la navaja y parte el pan, los chorizos y el lomo en pedazos.)

DEOG. Pues bien, señores; lo que yo necesito saber es si ustedes aceptan mis proposiciones y se quedan en Villacañada.

DAM. Pero, oiga usted, Deogracias, ¿usted cree que no me traería sérios compromisos aceptar eso?... Con el permiso de usted, tomaré una tajadita. (La pincha con la navaja, y al ir á llevársela á la boca se la quita don Deogracias, y luego doña Quintina; este juego puede repetirse las veces que se crea conveniente.)

DEOG. ¿Compromisos? De ninguna manera.

QUINT. ¡Pues claro!

DEOG. Y para que usted se convenza, hagamos historia. Al salir de Madrid entablamos conversación; les dije á ustedes que yo era el secretario del ayuntamiento de Villacañada; que había venido á la Corte para asuntos electorales, y que regresaba al pueblo disgustadísimo; ustedes me preguntaron por qué, y hé aquí el asunto.

DAM. Con el permiso de usted, voy á tomar otra tajadita.

DEOG. (Bebe.) El diputado liberal que nos ha representado en las Córtes durante muchas legislaturas, no puede en estas elecciones aceptar la diputación; pero nos recomendó la

candidatura de un cuñado suyo; don Damián Moreno.

DAM. Yo, al oír lo de Damián Moreno, me sorprendí, porque esos son mi nombre y apellido; y... con el permiso de ustedes voy á tomar una tajadita.

QUINT. Hombre... que nos vas á dejar sin lomo.

DEOG. Pues, bien; vengo á Madrid á avistarme con ese señor Moreno, á quién no conocen en el pueblo, pero á quien están resueltos á votar; y resulta que ha aceptado otro distrito que le es más conveniente, y nos deja en blanco.

DAM. Pues... venga el tinto. (Bebe.) (¡Cómo bebe este animal!)

QUINT. En esto mudaron el tiro, y allí, de pié, en la carretera...

DEOG. Les *propuse* á ustedes que *vengan* conmigo á Villacañada, y yo, sin meterme en más esplicaciones, llego y digo: «aquí está el señor Moreno; á votarle.»

DAM. ¿Y no se presentará el otro Moreno?

DEOG. ¿Qué ha de presentarse! Aquí traigo una carta suya, renunciando al distrito.

QUINT. ¿Lo vés? Convéncete.

DAM. Lo que veo es que... con el permiso de ustedes, voy á tomar otra tajadita.

DEOG. Además, si por desgracia se presentara, como su candidatura de usted es independiente, con decir que es usted Moreno, en paz.

QUINT. Claro. ¡Pues así que no hay morenos en el mundo!

DEOG. Y como en el pueblo se hace lo que á mí me dá la gana, porque el Alcalde es un bruto y un borracho... (Bebe.)

DAM. (Dándole una palmada.) Adiós... paisano del Alcalde.

QUINT. Déjale beber, hombre.

DAM. Mujer... si es que vá á coger una tajada.

QUINT. ¿Qué ha de coger si te las has comido tú todas, bárbaro?

DEOG. Conque, ¿qué decide usted?

DAM. (Con la boca llena) Pues... que... yo...

QUINT. Contesta en seguida, hombre.

DAM. (Ahogándose.) Sí... es que no me atrevo.
QUINT. ¿Tienes miedo?
DAM. (Haciendo esfuerzos para tragar.) ¡Qué miedo!... Tengo la boca llena, y si hablo me ahogo.
DEOG. Pues piénselo usted mientras mudan los caballos, porque este es el último tiro.
DAM. No, señor; el último tiro será el que me dén á mí si acepto eso.
QUINT. ¡Cobarde! (O aceptas ó te araño. ¿Vás á despreciar por un temor pueril nuestra suerte?)
DEOG. Nada, don Damián, yo pongo la cabeza á que sale usted diputado.
DAM. Bueno: si me dieran un garrotazo... póngala usted también, ¿eh?
DEOG. No hay temor.
DAM. Entonces, acepto. Sea lo que Dios quiera... (Yo no salgo vivo del pueblo.)
DEOG. Bueno; pues, ahora vamos á mandar un propio al Alcalde, anunciándole nuestra llegada. Verán ustedes. (Saca la cartera, y con lapiz, escribe en una hoja, que arranca,) «Señor Alcalde: »escribo desde la Venta del Piñón. Llegaré »ahora mismo con el señor Moreno y su se»ñora. Preparen ustedes alojamiento y un »recibimiento digno. Comuníqueselo al cuer»po electoral. El Secretario.» Ya está.
QUIN. Muy bien.
DEOG. ¡Eh... ¡Ventero!... (Llamando.)

ESCENA VII

DICHOS y el VENTERO, por la derecha

VENT. ¿Quién llama?
DEOG. ¿Podríamos mandar inmediatamente esta carta á Villacañada?
VENT. Bueno; prepararé el macho, y saldrá mi hijo con ella á escape por los atajos.
QUIN. Que se dé prisita, ¿eh?
VENT. En un vuelo.
DEOG. (A don Damián.) Déle usted dos duros.
DAM. Tome usted. (Al Ventero.)
VENT. Gracias. (El Ventero ha recogido la botella y el resto de la comida, y se va por la derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos el VENTERO

DAM. ¡Ah! Y diga usted, Deogracias; á todo esto, ¿á mí, quién me apoya?
DEOG. ¡Toma! Pues, yo.
QUIN. ¿Te parece poco?
DAM. Pero, mujer, ¿cómo me va á apoyar á mí, si él necesita un puntal? Mira cómo anda.
MAY. (Desde dentro.) Señores... al coche.
QUIN. ¡Ay! Coger las maletas... ¡Vamos, vamos!
DAM. (Coge las maletas.) (¡Dios me ampare!)
DEOG. Ahora en la diligencia podemos ir preparando el discurso que ha de pronunciar usted así que lleguemos.
QUIN. ¡Ay! ¡Yo diputada! ¡Los caramelos que voy á comer!
DAM. ¡Para caramelitos estamos!
DEOG. ¡Déjese usted de golosinas! (Vanse.)

ESCENA IX

EE VENTERO

(Desde la escena, á los que se van.) Ya ha salido mi chico. Llegará una hora antes que ustedes con la carta. Adiós, señores... y buen viaje. (Ruido de cascabeles y restallar del látigo. Vase el Ventero.)
MAY. (Desde dentro.) Ria... ria... ria... coronela... diputada... Ria... ria.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

El patio de una posada.—Á la derecha, entrada á las cuadras.—Á la izquierda, la casa con puerta y ventana baja, practicables.—Al foro una tapia con la puerta de entrada.—En la escena, y próximo á la puerta de la casa, una mesa, sillas y bancos.

ESCENA PRIMERA

El tío CARTUCHO, DON TERENCIO y BRUNO. Cartucho de pie, sirviéndoles vino. Los otros dos sentados alrededor de la mesa bebiendo

BRU. Nada, don Terencio, desengáñese usted; en política tiene que mandar el pueblo en el gobierno, porque si el gobierno mandara en el pueblo, entonces el pueblo no mandaría; y si el pueblo no hace lo que le da la gana, ¿para qué quiere el gobierno? Para nada; ¿no es verdad, Cartucho?

CART. Y tres más.

BRU. Pues, claro.

TER. Pero, tío Bruno, por Dios, no discuta usted conmigo de política, porque yo me he quemado las pestañas con los libros y sé que el que manda es el que manda, y que el gobierno, para ser bueno y justo y prudente, tiene que hacer lo que le dé la gana; si no, á morir. ¿No es verdad, Cartucho?

CART. Y tres más.

TER. Naturalmente, hombre. Y en política no debe haber amigos ni enemigos. Todos son buenos. Ahí tiene usted á los romanos.

BRU. ¿A dónde?

TER. Ahí, en la historia. Aquel pueblo era un pueblo modelo. Mire usted, allí pasaba lo siguiente: Supongamos que era usted romano y que pedía usted un destino de cartero, un estanco, cualquier cosa. Pues, bueno; le decían al emperador: «Un enemigo de usted

quiere un estanco.» «Pues dárselo, aunque sea enemigo,» decía el emperador. Y se lo daban á usted. ¿Y usted cree que le hacían un favor?

BRU. Pues, claro que sí.

TER. Pues, no, señor; porque le daban á usted el estanco, pero al primero que fumara lo reventaban. Conque ya ve usted: y así servían á todos. Eso es gobernar con prudencia.

BRU. Y sin colillas. (Á Cartucho.) Echate vino. (Cartucho les sirve.)

CART. Y hablando de otra cosa. ¿Qué se sabe del nuevo diputado?

BRU. Pues dentro de un rato llegará el secretario en la diligencia y nos traerá noticias. (Se levantan.)

TER. Estoy rabiando por oir las campanillas del coche.

BRU. (Que habrá ido hasta la puerta.) Señores, el Alcalde viene corriendo hacia aquí.

TER. ¿Qué le pasará?

ESCENA II

DICHOS y el ALCALDE

ALC. ¡Señores... señores!...

BRU. ¿Qué pasa, señor Alcalde?

ALC. ¡Una gran noticia!

TER. ¿A ver? Diga usted.

ALC. Que acabo de recibir por un propio esta carta del secretario escrita desde la Venta del Piñón, en la que dice que viene acompañado del candidato señor Moreno y su señora; y que llegan de un momento á otro.

TER. ¡Canario! Pero, ¿cómo no ha avisado desde Madrid?

ALC. Eso digo yo. Pero es preciso hacerles un recibimiento digno. Ya he preparado gente para que le den *vivas*, y he venido á buscarles á ustedes porque hay que salir á recibirles en caballerías.

BRU. Pá eso cuente usted conmigo.

ALC. Bueno, ya contaba. Tú, Cartucho, prepárales la mejor habitación de la posá, y te matas en seguida tres ó cuatro gallinas por cuenta del Ayuntamiento, y en cuanto acabes, te sales á darles vivas...

CART. ¿Las gallinas?

ALC. No, hombre; te sales á *vitoriarlo* á la carretera.

CART. Se hará todo, señor Alcalde. (Vase por la izquierda.)

ALC. Oye, Bruno; á ver si puedes llevar la burra de tu mujer para la diputá.

BRU. No podré, porque la tengo con un esparaván.

ALC. Pues, lleva un burro cualquiera.

BRU. El caso es que no sé de qué vecino echar mano.

TER. Hombre, por Dios, que va á creer ese señor que entre tantos como somos en el pueblo, no hay ni un burro siquiera.

ALC. Claro, sería una vergüenza. Conque, anda.

BRU. En fin, yo me las arreglaré. (Vase por el foro.)

ESCENA III

DON TERENCIO y el ALCALDE

ALC Don Terencio: á usted le he dejao pá lo último.

TER. Usted dirá, señor Alcalde.

ALC. Pues necesito que me deje usted dos cosas: el sombrero de copa alta y un discurso.

TER. El sombrero, bueno; pero el discurso va á ser más difícil.

ALC. (Probándose el sombrero.) El sombrero no me entrará.

TER. Ni el discurso tampoco.

ALC. Sí, hombre; déjeme usted aquel tan largo que le hizo usted al obispo el año pasao cuando vino, que se titula «La Santísima Trinidad.»

TER. ¡Hombre, por Dios!... Yo le hice al obispo «La Santísima Trinidad»... porque era obispo; pero el diputado lo puede tomar á mal.

ALC. Tié usted razón.

TER. Usted déjeme á mí, que yo sé improvisar, y le diré algo.

ALC. Bueno; más vale, no sea que se figure que le pronunciamos discursos usaos.

TER. Esté usted tranquilo.

ALC. Pero oiga usted una cosa. Cuando usted le hable le dice que lo que usted dice lo hemos pensao entre los dos, pá que vea que es cosa mía también. Por lo tanto, lleve usted tiento en lo que habla no crea que soy yo un burro.

TER. Le vamos á dejar asombrado.

ESCENA IV

DICHOS y el TÍO BRUNO

BRU. Señor Alcalde... señor Alcalde...

ALC. ¿Qué hay?

BRU. Que ya está ahí la diligencia, y no he podido encontrar el burro pá que los traiga.

ALC. ¡Demontre! Por Dios, don Terencio, vaya usted á traerlos.

TER. ¡Caracoles!

ALC. Sálvenos usted, hombre.

TER. (Que mira desde la puerta del fondo. Ruido del coche y voces fuera.) No hay necesidad. La diligencia los trae hasta aquí.

ALC. (Llamando.) Cartucho... que llegan.

BRU. Ya están aquí.

TER. ¡Caracoles!

ALC. Que están aquí. (Azoramiento y confusión. Corren todos de un lado para otro y salen á la vez á la puerta del foro á recibirlos.)

UNA VOZ (Fuera.) ¡Viva el diputao!

VOCES (Idem.) ¡Vivaaa!

UNA VOZ (Idem.) ¡Viva el señor Alcalde!

VOCES (Idem.) ¡Vivaaa!

CART. (Que ha salido de la casa.) ¡Anda! A mí me han cogido guisando y tengo las manos llenas de grasa.

ESCENA V

DON DAMIÁN, DOÑA QUINTINA, DEOGRACIAS, el ALCALDE, DON TERENCIO, BRUNO, CARTUCHO y hombres del pueblo

ALC. (Desde la puerta.) ¡Viva el señor Moreno y su señora!

VOCES ¡Vivaaa! (Entran todos formando un grupo. A un lado don Damián, doña Quintina y Deogracias. A la derecha todos los demás; dos mozos sacan las maletas y las entran por la izquierda volviendo á salir.)

DAM. Gracias, muchas gracias. (A doña Quintina.) ¿Qué te parece? ¿Hablo ya?

QUINT. Sí; anda.

DAM. (Se adelanta muy ceremonioso.) Muy señores míos: me alegraré que al recibo...

DEOG. Todavía no. (Tirándole de la levita.)

TODOS ¡Bra!... (Se quedan con la boca abierta sin terminar la frase.)

DAM. (Imponiéndoles silencio.) Todavía no.

DEOG. Señores; antes que el señor Moreno les dirija la palabra, voy á presentarlos á ustedes. (Se adelanta.) El señor Alcalde constitucional.

DAM. Muy señor Alcalde mío. (El Alcalde le da la mano.)

ALC. (A doña Quintina.) Señora, á los piés de... (¿Qué tratamiento le daría yo?) A los piés... de vuestra indulgencia plenaria. (Hace una reverencia.)

QUINT. *¡Gracia plena!* (¡Me ha tomado por un jubileo!)

ALC. (¡Creo que he dicho una barbaridá!)

DEOG. Don Terencio Cerato, boticario y filósofo.

DAM. ¿Conque boticario, filósofo y cerato? (Debe ser simple.) (Le da la mano.)

DEOG. Los principales electores de Villacañada. (Bruno y Cartucho le dan la mano.)

DAM. (¡Canastos!) (Después de dar la mano á Cartucho, se la huele y se la limpia en la levita de Deogracias.) (¡Me ha untado de grasa! ¡Qué sucios!)

DEOG. (Aparte á don Damián.) (Ahora el discurso.)

QUINT. (¡Anda!) (A don Damián.)

DAM. (Dios quiera que me acuerde.) (Se adelanta.) Muy señores míos... (Pausa.)

QUINT. (Me alegraré...)

DAM. ¿De qué?

QUINT. (Si es que te apunto.)

DAM. (¡Ah!) Me alegraré de que... al recibirme estén ustedes buenos. Ya he notado, señores, al daros la mano, el cariño y... (La grasa.) (Limpiándose la mano.) Conque habéis estrechado la la mía. Pues bueno; muchas grasas... digo... muchas gracias... por todo.

TODOS ¡Bravo! (Secamente.)

DAM. ¡Ah, señores!

TODOS ¡Bravo!

QUINT. (Repítelos eso, que les gusta.)

DAM. ¡Oh, señores! (No; pues no les gusta.) ¿Qué os podría yo decir de la política? Nada. ¿Y de la libertad? Nada. ¿Y de otras cosas?... Nada. Pues bueno... ¡Ah! Al ver la fe conque os hablo... «¿quién eres tú?» Me preguntaréis.

QUINT. (Tirándole del gabán.) (Más energía, Damián.)

DAM. (Pues como no los pegue)... (Furioso, encarándose con Bruno.) ¿Quién eres tú?

BRU. El veterinario, pá servirle.

DAM. (Dándole la mano.) Gracias, sencillo herrador. Pues bien; yo presento mi candidatura como independiente.

DEOG. (Cuidado, hombre, cuidado.) (Le tira del gabán.)

DAM. Porque quiero verme libre. (Suélteme usted.) Yo deseo la independencia y que nadie me sujete. (Pero ¿me quiere usted soltar?) Y cuando siento una mano oculta que me detiene... (Y que me va á romper el gabán...) Me da mucha rabia. Yo, señores, libre é independiente, puedo remediar las necesidades de esta localidad, que me son muy conocidas. Yo os prometo traeros un ferrocarril para que os coja y os lleve de aquí á otros lados y *vice-versa*. Por lo tanto, acabaré diciendo: «yo sé lo que necesitan nuestros jornaleros: pan.» Pues bueno, yo les daré pan.

QUINT. (Ofréceles algo más.)

DAM. Les daré pan... y algo para mojar. Conque,

viva la Pepa... digo, viva la libertad, viva Villacañada y vivamos nosotros por los siglos de los siglos.

TODOS Amén. (El Alcalde se persigna.)

DEOG. Muy bien, don Damián. (Nos hemos salvado.)

ALC. (Á don Terencio.) Ande usted ahora, don Terencio.

TER. (Se adelanta, tose y se estira los puños.) Señor diputado... (Don Damián estará hablando en un grupo con Quintina y Deogracias.) Señor diputado... (Sigue distraído y le da en el hombro.) Señor diputado...

DAM. ¿Qué?

TER. Nada; que... que... que ustedes querrán descansar, y que... (Cohibido.)

ALC. (¡Nos ha fastidiado!) Quite usted, hombre. Señor diputao... (A don Terencio) (Ahora verá usted.) Yo soy el Alcalde, por lo tanto, no sé hablar; pero si, según no sé hablar, hablara, yo hablaría... para que... que hablásemos... porque... hablando... hablaría... (¡Me hago un lío.)

TER. (Déjeme usted á mí.) Lo que el señor ha dicho en su discurso, señor diputado, es... que quiso decir... que si dijera... lo que dice, diría lo que dijo... diciendo...

ALC. (¡Y pá decir eso me ha quitao usté!) Yo...

TER. Nosotros...

DEOG. Lo que ellos están pensando es que piensan que al pensar...

DAM. Bueno; más vale que callemos, que al callar... callaríamos.

ALC. Eso. Pues, na; y por último, usté, señor Moreno, esté tranquilo, que por Villacañada sale usté.

DAM. (Crucificado.)

BRU. Será usted diputao.

DAM. (Al Alcalde.) ¿De manera que usted me votará?

ALC. Ya lo creo. ¡Voto al chápiro!

DAM. ¡Ah! Pero ¿el chápiro también se presenta?

ALC. Digo, que claro, que le votaré á usted. Conque... ahora, usted á descansar, y nosotros vamos á ir preparando el pueblo pá la vota-

ción, y tan y mientras, hágase usté la proclama pá los electores.

DAM. La haré, la haré. Adiós, señores, hasta luego.

BRU. }
TER. } Adiós (Todos hacen reverencias y le dan la mano, quedando el último Cartucho, que al dar la mano a don Damián, éste la retira.)

ALC. Usted pórtese bien con el pueblo, don Damián, que yo soy muy agradecío, y le juro que tendrá usted memoria de esta vara.

DAM. ¡Caracolitos!

ALC. Hasta luego.

BRU. (Ya en la puerta del foro) ¡Viva el señor Moreno y su señora!

TODOS ¡Viva! (Vanse el Alcalde, Bruno, Terencio y acompañamiento.)

QUINT. Bueno; acompáñenme ustedes á mi cuarto, que voy á asearme un poco.

DEOG. Yo la acompañaré á usted, señora. (Vanse doña Quintina y Deogracias, por la izquierda.)

DAM. Bueno, don Cartucho, prepare la comida.

CART. ¿Cómo quiere usted los pollos? ¿Con tomate?

DAM. Sí, señor; y con prontitud Conque, Cartucho, ¿cuento con usted para la elección?

CART. Ya lo creo. Y tres más. (Medio mutis.)

DAM. (Llamándole.) Chist... Cartucho...

CART. ¿Qué?

DAM. Expresiones á los otros tres. (Vase Cartucho primera izquierda.)

ESCENA VI

DON DAMIÁN

Pues, señor; ya está armado el embrollo. Pero ¡qué gente la de este pueblo más honrada y más... bestia! No han notado nada. Me han llamado su señoría. ¡Su señoría á mí! ¡Ay! Si supieran que he traído conmigo un saco de judías y que comercio en ellas... se armaba un cisma, y nos expulsaban del pueblo. ¡La expulsión de las judías! Aunque yo la verdad es que visto, así, de perfil, tengo una facha de hombre de Estado que da el timo. Me parezco á Cánovas.

ESCENA VII

DICHO y DEOGRACIAS

DEOG. Ya está acomodada la señora, don Damián.
DAM. ¡Bravo! Pues voy yo... (Intenta irse.)
DEOG. (Deteniéndole.) Un momento. (Le coge de la mano y mira recelosamente á todos lados.)
DAM. (¡Ay! ¿Qué querrá este?)
DEOG. ¿Está usted solo?
DAM. No, señor; estoy con usted.
DEOG. Pero, ¿solos?
DAM. Solitos los dos.
DEOG. Don Damián...
DAM. Deogracias...
DEOG. Sé que es usted un hombre recto.
DAM. Y usted también, si no fuera por la pierna.
DEOG. Pues, bueno, don Damián, quiero decirle á usted...
DAM. ¿Qué?
DEOG. Que me ha metido usted en un lío espantoso.
DAM. ¿Yo? ¡Caracoles!
DEOG. Usted, sí, señor; obligándome á que yo le haga pasar por otro.
DAM. ¡Eh! ¡Demontre! Poco á poco.
DEOG. Pero yo soy formal y no retrocedo.
DAM. ¡Canastos! ¡Vaya una formalidad! Pero si el que me ha metido en el lío ha sido usted.
DEOG. No, señor; usted. De modo que en recompensa voy á exigirle á usted una cosa.
DAM. ¿Qué cosa?
DEOG. Nada; que aquí, aun cuando parezca que mande usted, mande yo; que me obedezca usted en todo; que me dé usted cuanto le pida...
DAM. ¡Adiós mi dinero! (Se abrocha.)
DEOG. Y que no tenga usted más voluntad que la mía, y á todo lo que yo diga, diga amén.
DAM. ¿Que diga amén? No, pues lo que es ahora no lo digo; porque esto es una imposición brutal.

DEOG. ¿Me ha llamado usted bruto?

DAM. Amén. Y diga usted, ¿á qué viene todo esto?

DEOG. Lo diré en cuatro palabras. Yo odio al Alcalde—no diré por qué—y adoro á su hija...—tampoco diré por qué.

DAM. Ni falta que me hace. (No diré por qué.)

DEOG. Casarme con ella sería mi fortuna; pero el Alcalde se opone, porque es alcalde. Yo necesito, por lo tanto, una influencia superior á la suya, y la he encontrado. Usted es mi instrumento.

DAM. ¡Hombre! Pero, ¿usted me ha tomado á mí por una gaita? ¿Y qué es lo que usted pide?

DEOG. Pues, que cuando usted sea diputado me dé á mí la vara de alcalde.

DAM. ¡Ah! Pero, ¿no quiere más que la vara?

DEOG. Nada más.

DAM. Pues, sí, hombre, sí; cuente con la vara... y hasta con dos muletas... (que es lo que tú necesitas.)

DEOG. Perfectamente. Y si salimos bien dé usted gracias á Dios y á mí.

DAM. Bueno; las daré: Deogracias, gracias... Deo... gracias... ¡Más gratitud es imposible!

DEOG Ahora vaya usted á descansar.

DAM. Amén.

DEOG. Y, hasta luego, don Damián.

DAM. Amén, Deogracias. (Parezco un trisagio.)

(Vase Deogracias por el foro.)

ESCENA VIII

DON DAMIAN

(Con rabia.) Así te rompieras la otra pata, granuja. ¡Menudo compromiso tengo encima! Nada, yo voy á contarle á mi mujer lo que me sucede con este maldito cojo... para que vea ella si hacía yo bien en no querer fiarme. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IX

El SEÑOR MORENO, en traje de camino y con una maleta, por el foro

Esta, según me ha dicho una vecina, es la posada del pueblo. Y no hay nadie por aquí. ¡Posadero!... ¡Posadero!...

ESCENA X

DICHO y CARTUCHO primera izquierda

CART. ¿Quién llama?

MOR. Buenos días.

CART. Muy buenos. (¡Un forastero!)

MOR. ¿Hay habitación para mí?

CART. Sí, señor; y puede usted pasar á ocuparla cuando guste. ¿Quiere el señor que le preparemos algo de comer?

MOR. Luego, si acaso; porque en cuanto me instale he de salir á ver al Alcalde.

CART. Pues pase usted.

MOR. Vamos. (Vanse primera izquierda.)

ESCENA XI

DOÑA QUINTINA y DON DAMIÁN que salen de la segunda izquierda. Quintina delante

QUINT. No seas pusilánime, hombre; traquilízate, ¡qué demonio!

DAM. ¡Ay, Quintina! No puedo, no puedo. Tú no sabes lo bruto que es el cojo ese. Tengo el alma en un hilo.

QUINT. Pues, mira, Damián, es preciso que tengas sangre fría. Después del compromiso en que nos has metido...

DAM. ¿De modo que tú también dices que he sido yo?

QUINT. Pues claro que tú. Tú y solo tú. Tú, tú y tú.

DAM. Nada; pues tú turu tú. ¡Dios mío! ¿Si será verdad? ¿Y qué te parece que haga ahora, después de las amenazas del secretario?

QUINT. Pues, nada, hombre, nada. Ante todo tranquilizarte y contestarme á esto: ¿Tú tienes valor? Díme.

DAM. Mujer; yo creo que sí. He sido miliciano nacional y me he casado contigo... conque valor se necesita

QUINT. Pues, bueno; espera los acontecimientos, obedece al secretario ciegamente y que te proteja, y mañana, cuando tú mandes... cuando tú mandes...

DAM. Cuando yo mande, le mando á paseo.

QUINT. Eso mismo. Es preciso que aprendas á ser político. Que viene uno...

DAM. ¿Por dónde? (Muy asustado)

QUINT. No, hombre, no; no te asustes. Digo que si viene uno á quien necesitas y te pide un favor, pues se lo prometes. Que viene otro y te pide protección, pues se la aseguras. Y, en fin, tú ofrece, y luego engañas á todo el mundo. Eso es ser político.

DAM. No; eso es ser embustero.

QUINT. Bueno; es igual. Por lo demás, yo creo que nada hemos de temer. El verdadero candidato es imposible que se presente. De manera que con la protección del Alcalde, tú saldrás; y una vez diputado no te pueden hacer nada, porque serás inviolable.

DAM. Oye, ¿y la inviolabilidad, coge todo el cuerpo?

QUINT. ¿Por qué lo preguntas?

DAM. Porque sentiría que no me llegara á la cabeza en un caso de apuro.

QUINT. ¡Jesús! ¡Qué espíritu tan ruín! ¡Ah! Si yo fuera hombre... La naturaleza por fuerza se ha equivocado.

DAM. Sí, pero no creas que ha sido muy grande la equivocación.

QUINT. En fin, desechemos vanos temores. Aquí te dejo el tintero de cuerno, pluma y papel, para que redactes la proclama. Siéntate y escribe.

DAM. ¡Buena vá á estar la proclamita esta!

QUINT. Yo me voy á sacar la ropa de la maleta.

DAM. (Sentándose y disponiéndose á escribir.) Oye, Quintina, antes de irte... ¿cómo te parece que empiece esto? Porque, yo, la verdad...

QUINT. ¿Que cómo me parece que empieces? Pero, ¡qué melón! Pon ahí.

DAM. No, melón no pongo.

QUINT. Pon ahí. «Al cuerpo electoral.»

DAM. Ya está.

QUINT. ¡Ah! Electoral con hache.

DAM. Ya lo sé; y cuerpo también.

QUINT. Bueno; ahora ya tienes el hilo. Sigue. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XII

DON DAMIÁN, luego CARTUCHO, primera izquierda

DAM. Pues, ¡vaya un hilo! ¡Dios mío, si yo no sé qué poner aquí! Y yo tengo que poner algo. Ea, pecho al agua y veremos lo que sale del tintero. (Escribe.) «Al cuerpo electoral. ¿Vosotros, villacañadeños ilustres, no sabéis lo que es el cuerpo electoral, eh?» (Dejando de escribir.) Pues yo tampoco. (Escribiendo.) «Pues el cuerpo electoral es... es...» ¿Qué será eso, Dios mío? «Pues el cuerpo electoral es un cuerpo muy... muy... muy sandunguero.» Ea, no se me ocurre otra cosa... Y olé por los cuerpecitos, chipén.

CART. (Que sale y mira lo que don Damián escribe, y mientras está hablando recoge los vasos y botella de la mesa de la derecha y se los lleva al hacer el mutis.) Y viva el salero.

DAM. Hola.

CART. ¿A quién requebraba usted, don Damián?

DAM. Pues, al cuerpecito electoral.

CART. Ya, ya. ¡Carambolina! ¡Cuánta tinta y cuánto borrón! ¡Pues no tié usté letra que digamos!

DAM. Ya lo creo.

CART. ¿Y toda esa letra ha salido de su cabeza?

DAM. No, señor, de un cuerno. (Presentándole el tintero.)

CART. Pues, Dios le conserve á usted el saber. (Vase primera izquierda.)

DAM. Gracias. Bueno, pues... nada; esto no sirve; Aguardaré á que venga el secretario y que la haga él, porque si no voy á estropear yo al cuerpo este.

ESCENA XIII

DICHO y el SEÑOR MORENO

MOR. (¡Un caballero aquí!) Muy buenos días.

DAM. (¡Canastos!) Muy buenos los tenga usted. (¿Quién será este?)

MOR. ¿Tendría usted la bondad de decirme dónde está el ayuntamiento?

DAM. Sí, señor. Pues, el ayuntamiento... está... en la Plaza.

MOR. ¿Y dónde está la Plaza?

DAM. Pues... donde está el ayuntamiento.

MOR. ¿No es usted de aquí?

DAM. No, señor; soy de fuera. (¡Qué curioso!) (Se levanta.)

MOR. Acaso le habrán á usted traído los asuntos electorales.

DAM. Me han traído, sí, señor, me han traído.

MOR. ¿Vendrá usted á votar?

DAM. No, señor; á que me voten.

MOR. ¡Cómo!

DAM. Eso es lo que no sé, pero... me lo figuro.

MOR. Pero, ¿qué está usted diciendo? ¿Es posible?

DAM. Pues, no sé por qué lo duda usted. (Dios mío, ¿por qué se extrañará éste?)

MOR. No lo dudo, si no que yo no sabía que por Villacañada se presentara nadie más que yo.

DAM. (¡Demonio!) Pero, usted, ¿quién es?

MOR. Damián Moreno, para servir á usted.

DAM. (¡Horror!) (Cae desplomado en una silla.)

MOR. Y usted, ¿cómo se llama?

DAM. ¿Yo? ¿Cómo me llamo yo? (Se levanta.) Pérez, caballero, me llamo Pérez. (¡Uy! No lo ha creído.)

MOR. ¿Pérez? No he oído hablar nunca de usted.

DAM. ¿Que no? Pues, si no se habla de otra cosa.

MOR. Claro, como renuncié al distrito... pero ahora vuelve á convenirme y... lucharemos. Yo sé las fuerzas que tengo. (Dando un puñetazo én la mesa de la derecha.)

DAM. (¡Uy! (Cae en la silla.) ¡Uy! ¡Qué puños! ¡Qué puños! ¡Me revienta!)

MOR. ¿Qué le pasa á usted?

DAM. Nada; que tengo debilidad en las piernas y de vez en cuando he de sentarme.

MOR. ¿Y quién le apoya á usted?

DAM. La silla.

MOR. No; digo en las elecciones.

DAM. ¡Ah! (Levantándose.) Pues, me apoya un cojo; pero tiene mucha influencia.

MOR. ¿Y con qué color político se presenta usted?

DAM. (Pues, pálido como la muerte.)

MOR. Pero, caramba, no vuelvo de mi asombro. Parece mentira que con lo que quieren en el distrito á mi cuñado, y aún á mí, á pesar de que no me conocen, hayan admitido su candidatura de usted.

DAM. Pero, oiga usted, caballero, ¿usted cree que en este pueblo le quieren á usted? (Voy á armar un lío.)

MOR. Ya lo creo que sí.

DAM. ¡Quiá, hombre! Si han estado hablando pestes de usted y de su familia. (¡Uy, qué lío voy á armar!)

MOR. ¡Es posible!

DAM. ¿Que si es posible? Como que le han llamado á usted, granuja y sinvergüenza.

MOR. Caballero, usted está loco. No puede ser.

DAM. Hombre, que lo he oído yo, que me lo han dicho á mí; y si usted tuviera energía, lo que debía hacer es despreciarlos, é irse sin ver á nadie.

MOR. (Furioso.) Sí, señor; me voy, me voy.

DAM. Muy bien hecho. (Le he convencido.) Váyase usted.

MOR. Me voy, pero á casa del Alcalde.

DAM. (¡Canastos!) No, caballero, no; de ninguna manera. (¡Vaya un lío que he armado!)

MOR. Me voy á casa del Alcalde á pedirle cuenta de sus ultrajes, de esta burla sangrienta. Y á usted le pondré por testigo.

DAM. Por Dios, caballero, no se vaya usted, que yo no he dicho nada. (¡Ay, si se va, la que se arma!)

MOR. Yo mato á uno antes de salir de aquí. Me voy.

DAM. No, por Dios; no quiero que se pierda usted. (Sujetándole)

MOR. Quite usted. ¿Qué me he de perder?

DAM. Hombre, lo digo porque como no sabe usted las calles...

MOR. ¡Que me voy, ea! (Forcejeando.)

DAM. Que no... (Se suelta y se va.) ¡Ay! ¡Se me ha ido. ¡Horror! ¡Horror! El cielo me cae encima! Aquí me ahorcan si no huyo. Avisaré á mi mujer. Quintina... Quintina... (Llamándola.)

ESCENA XIII

DICHO. DOÑA QUINTINA segunda izquierda

QUINT. (Saliendo.) ¿Qué te pasa? ¿Has acabado ya la proclama?

DAM. ¡Ay, Quintina!

QUINT. ¿Qué es?

DAM. Pues, nada, que acabo de hablar...

QUINT. ¿Con quién?

DAM. Con Moreno, con el verdadero candidato, que ha venido.

QUINT. ¡Damián! (Horrorizada.) ¡Ay, Damián! Eso no puede ser. ¡Qué horror! Vámonos... ¡ay! Vámonos.

DAM. Para eso te llamaba.

QUINT. ¿Y dónde está ese hombre?

DAM. Se ha ido á hablar con el Alcalde... Figúrate.

QUINT. ¡Dios mío!... ¿Por qué no se le caerá la lengua? ¡Ay! ¡Qué apuro! Vamos, vámonos de aquí.

ESCENA XIV

DICHOS y DEOGRACIAS por el foro

DEOG. (Corriendo.) ¡Ay, doña Quintina! ¡Ay, don Damián! ¡Vengo muerto! ¡Ay! ¡Qué horror! Ustedes no saben lo que pasa.

QUINT. Sí, señor, sí.

DAM. Lo sabemos todo.

DEOG. He visto entrar al señor Moreno en casa del Alcalde.

DAM. Ya lo sé. Ha estado hablando conmigo.

DEOG. ¿Y qué le ha dicho á usted?

DAM. Que tiene mucha fuerza. ¡Ay! ¡Qué puños, Deogracias, qué puños!

QUINT. Llamemos al posadero... no perdamos tiempo.

DEOG. Sí, sí. ¡Ay! Si me atrapa el Alcalde, ¡qué paliza!

DAM. (Llamando.) Cartucho... Cartucho...

DEOG. Yo me escapo, yo me escapo.

QUINT. Bueno; pero con nosotros no.

DEOG. No, señora; yo me escapo con la hija del Alcalde.

DAM. Señor de Cartucho...

ESCENA XV

DICHOS y CARTUCHO

CART. Señores, ¿qué sucede? Tienen ustedes unas caras...

DAM. Nada; lo que sucede se lo diré á usted en dos palabras y le daré á usted detalles por correo. Yo no soy Moreno; es decir, soy Moreno, pero no soy el candidato que ustedes esperaban.

CART. ¡Cáscaras!

QUINT. Y ese hombre, el verdadero, ha venido.

DEOG. Y está hablando con el Alcalde.

DAM. Y yo necesito que usted nos facilite la fuga ó nos esconda hasta la noche.

CART. ¡Demontre!

DAM. Yo le daré á usted cuanto quiera. No pasando de dos duros.

CART. ¡Caramba! ¡Qué chasco! ¡Yo creí que eran ustedes dos personas decentes!

QUINT. Por Dios, sálvenos usted. (¡Grosero!)

CART En fin; escaparse de día es peligroso, porque los verán salir.

DAM. ¿Y qué hemos de hacer? (Le da los dos duros.)

CART. Pues los meteré á ustedes entre unos pellejos de vino que tengo en la cueva.

QUINT. ¡Dios mío! ¡Verme yo entre pellejos!

DAM. Quintina, no hay otro medio de salvar la pelleja. Conque á escape.

CART. Bueno; pues voy á buscar la llave de la cueva. (Vase primera izquierda.)

DEOG. (Que había subido á la puerta del foro.) Señores... señores... estamos perdidos. El Alcalde viene hacia aquí hecho un demonio. (Se entra en la primera izquierda, cerrando.)

DAM. ¡Horror!

QUINT. ¡Dios mío! Yo me escondo. (Se mete en la segunda izquierda, cerrando.)

DAM. (Va á huir por las puertas primera y segunda izquierda, y como las encuentra cerradas, cae arrodillado.) ¡Dios mío... recibe mi alma en tu santo seno! ¡Llegó mi última hora!

ALC. (Dentro.) Don Damián... Don Damián... (Saliendo.) ¡Querer burlarse de mí!! Lo mato... lo mato. ¡Ah! (Viendo á don Damián.)

ESCENA XVI

DON DAMIÁN y EL ALCALDE

ALC. Ya sabrá usted lo que pasa. ¿eh?

DAM. Ya lo sé, ¡ay! Ya lo sé, señor Alcalde.

ALC. Y al que á mí me engaña, lo ahorco.

DAM. (¡Ay, mi cuello!)

ALC. ¡Miserable!

DAM. Lo soy, señor Alcalde, lo soy.

ALC. Lo que es usted... es... la persona más decente y más prudente que he conocío.

DAM. ¡Aaay! Pero, ¿qué pasa?
ALC. Que se ha presentado un pillo diciendo que era usted é insultándome encima.
DAM. Pero, ¡qué mal educados son los pillos! Y usted, ¿qué le ha hecho?
ALC. Pues le he metido en la cárcel.
DAM. (Dios mío, cuando salga.)
ALC. ¡Y allí se pudrirá!

ESCENA XVII

DICHOS; DOÑA QUINTINA, DEOGRACIAS y CARTUCHO que lo habrán estado oyendo todo detrás de las puertas

QUINT. Bien hecho, señor Alcalde; que se pudra.
DEOG. Muy b en. Eso es gobernar con talento. (¿Será bruto?)
DAM (A Cartucho.) ¿Me hace usted el favor de los dos duros, que ya no necesitamos los pellejos?
CART. (En voz alta) Pero, ¿en qué quedamos? ¿No me ha dicho usted que no era?...
DAM. Calle usted, hombre, calle usted, por Dios. (¡Ladrón!)
ALC. Pues, sí, señora, todavía quería pegarme.
QUINT. ¡Qué cinismo!
DAM. Ahora, señor Alcalde, participo á usted con sentimiento que, para evitar disgustos y palos, retiro mi candidatura.
ALC. De ninguna manera. El boticario y el veterinario, mis amigos más leales, andan trabajando por usted, y no es cosa de dejarlos feos.
DAM. Bueno; pero si es que yo...
QUINT. Hombre... si se empeñan...

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y EL DELEGADO

DELEG. ¿El señor Alcalde de Villacañada?

ALC. Servidor (¡Un forastero!)

DAM. (¿Si será otro candidato?)

QUINT. (¿Qué querrá este?)

DELEG. Soy delegado del Gobernador y vengo á comunicarle á usted que está procesado el ayuntamiento y depuestos usted y todos los concejales.

ALC. ¡Yo depuesto!

DEOG. ¡Canastos!

DELEG. Usted, sí, señor. Aquí traigo el nombramiento del nuevo municipio que se encargará de hacer las elecciones. (Da un papel al Alcalde.)

DAM. (A Quintina.) ¡Ay! ¡Esto se enreda otra vez!

DEOG. ¿Y quién ha sido nombrado Alcalde?

DELEG. El farmacéutico don Terencio Cerato, que apoya al candidato ministerial, que ha venido conmigo.

DAM. ¡Anda! ¡Vaya una manera de trabajar por mí!

ALC. Bueno, señor Delegado. Esto es una arbitrariedad, y á pesar de ella, votaremos al señor.

QUINT. Tenga usted energía, señor Alcalde.

DAM. Sí, señor. Con el sufragio universal el voto es libre. Cada uno puede votar lo que quiera.

DELEG. Sí, señor! lo que quiera... ¡el gobierno!

DAM. ¡Viva el descaro, hombre!

ALC. Pues, el señor saldrá; y el otro que tengo preso...

DAM. ¡Ay! Ese, que no salga.

DELEG. Lo sé todo, señor Alcalde. El señor se marchará inmediatamente, ó le meto en la cárcel.

DAM. De ninguna manera.

QUINT. Vámonos.

DELEG. Y al que está preso... le voy á poner en libertad.

DAM. Por Dios, caballero, espérese usted á que me vaya. Adiós, señor Alcalde.

ALC. ¡Ay! ¡Traidores!

DAM. Adiós, cojo.

(Al público.)

Mi derrota aquí es segura...
digo, á mí se me figura
que de triunfar no hay manera,
como el público no quiera
votar mi candidatura.

FIN DEL SAINETE

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Casa Editorial.
La Verdad desnuda.
Las Manías.
Ortografía.
El Fuego de San Telmo.
Las Guardillas.
La Leyenda del Monge.
Candidato independiente.

Nuestra Señora, Arniches.
Panorama Nacional, Arniches y Lucio.
Calderón, Idem.
¡Victoria! Arniches y Labra.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, pe *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 2

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.